



5 de febrero de 1893

Reparación por medio de Jesucristo

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hermanas,

Nos acercamos a la Cuaresma a través del tiempo de la Quincuagésima, cuando en muchos lugares se hacen oraciones de reparación por los pecados y ofensas con que se hiere a Dios, tanto por parte del pueblo sencillo como de la gente mundana. Durante los días de carnaval, pobres y ricos ofenden a Dios; y también en Cuaresma lo siguen ofendiendo muchos que continúan organizando fiestas y buscando diversiones. Hoy esto forma parte de las costumbres sociales, pero en otros tiempos habría sido motivo de gran escándalo.

Hubo épocas en que la ley del ayuno era muy estricta: en París solo cuatro carniceros estaban autorizados a vender carne, y se consideraba suficiente para los enfermos. Se necesitaba un permiso para poder comerla. Eso ya no sucede: casi nadie se priva de nada y la ley de la Iglesia apenas se respeta.

Nosotras, por nuestra parte, no podemos añadir muchas penitencias a una vida ya de por sí muy exigente. Como dice el capítulo sobre la mortificación: *La vida laboriosa que llevan basta ordinariamente para gastar sus fuerzas.*

Es cierto, y vemos que con frecuencia incluso necesitamos recuperar fuerzas. Pero la mortificación no consiste solo en sacrificios corporales y quería proponeros que, tanto en los días de carnaval como en la Cuaresma, intensifiquemos el espíritu de oración.

Tened una intención muy especial al ofrecer la santa Misa: presentadla como expiación y reparación por las ofensas que Dios recibe a causa de los excesos en la búsqueda del placer. La Misa es el mayor tesoro que podemos ofrecer a Dios, porque es el mismo Jesucristo quien se ofrece en un sacrificio incruento y da al Padre toda la adoración, honor, alabanza, gloria y bendición que Él merece., todo lo que podemos desear ofrecer a Dios. Es preciso tener también la intención de aprovechar este tesoro; de lo contrario, no damos a esta acción todo el mérito que encierra.

Hace poco la Madre María Margarita me hablaba del canónigo King y de su profunda devoción a la santa Misa. Es una devoción que debería ser universal. Este santo sacerdote no solo celebraba su Misa, sino que asistía a otras durante la mañana. Y es lógico: en ninguna otra acción encontramos tantas riquezas como en la Misa. Ofrecámosla, pues, como acto de expiación, reparación y homenaje de adoración a Dios.

Por nosotras mismas nada podemos; somos pecadoras, débiles y extremadamente pobres en todo lo que hacemos y ofrecemos a Dios. Pero en Jesucristo tenemos todo lo que podemos presentar a Dios: el homenaje, la adoración y el honor infinitos que le son debidos. Una sola Misa glorifica a Dios de manera proporcionada a toda su grandeza; puede decirse que en ella hay entonces igualdad entre lo que se le debe y lo que le ofrecemos. Así honramos a Dios como merece ser honrado.

Os propongo vivir así las Cuarenta Horas y la Cuaresma: no podemos hacer nada mejor. Muchas veces decís a Dios: «No soy nada, no puedo nada». Y es verdad. Pero no basta con reconocerlo; hay que suplir esta impotencia acudiendo al remedio que Dios nos da. Y ese remedio es la Misa.

Procurad asistir con devoción a todas las misas que se celebren en la casa. No siempre es fácil llegar a la de las siete y media, pues exige prontitud y esfuerzo; aun así, os recomiendo vivamente que cultivéis esa devoción y hagáis lo posible por practicarla.